

# Índice

Introducción . . . . .	5
I. ¿Qué democracia tenemos? ¿Qué democracia queremos? . . . . .	13
II. ¿Internet y democracia ¿qué efectos tiene la generalización de internet en ese escenario? . . . . .	28
III. ¿Otra política? movimientos sociales, internet y política . . . . .	42
IV. ¿Democracia directa? democracia y participación ciudadana. . . . .	56
V. El espacio de lo común. Democracia e innovación social . . . . .	66
VI. Nueva ciudadanía y la dinámica de lo común . . . . .	81
VII. ¿Conclusiones? Más bien un camino que recorrer . . . . .	98



## Introducción

Vivimos en pleno cambio de época. No es solo una crisis. Nos han cambiado las pautas de trabajo y de vida. Nos comunicamos, informamos y actuamos desde otras plataformas y medios. Otras familias. Barrios y pueblos más heterogéneos. Trabajos, salarios e hipotecas dependiendo de decisiones y situaciones que no sabemos a quién atribuir. Y en medio de toda esa sacudida, la política y los políticos parecen seguir a su aire, en sus cosas, como si lo que nos acontece fuera algo temporal. Estamos en una sociedad y en una economía más abierta. Pero la política sigue siendo un coto cerrado para especialistas. Como si en las instituciones que dicen representar al pueblo se exhibiera un cartel con el lema de «acceso restringido». La democracia no puede ser solo vista ya como una forma más de gobierno. La democracia es algo más. La democracia es una forma de entender la sociedad. El gran objetivo de la democracia debería ser el de construir un mundo capaz de incorporar a todos. Cada uno desde lo que es. Una democracia inserta en un mundo que no se obsesione en seguir creciendo despreciando las consecuencias que

ello tiene. Una democracia en un mundo que permita la reconciliación entre sujeto y naturaleza. Un mundo común.

Si queremos una democracia viva, si queremos una política compartida, necesitamos espacios y oportunidades que permitan debates abiertos, donde se construyan ideales y visiones también compartidos. Espacios en los que todos y cada uno puedan intervenir. Esas son las bases para poder hablar de ciudadanía, de inclusión social, de una nueva relación con la naturaleza. En definitiva, una sociedad en la que vale la pena vivir.

Lo sucedido en los últimos meses, con el 15M y todas sus secuelas, nos permite aprender. Nos permite entender que internet genera sacudidas en las viejas y nuevas plazas de la democracia. Internet permite abrir nuevas «plazas». Espacios que posibilitan que gentes de todas partes interactúen, se relacionen, compartan información, construyan criterios, se organicen para actuar e influir. No podemos simplemente confundir internet con un nuevo instrumento que nos permite hacer lo de siempre, pero de manera más cómoda o más rápida. Por decirlo así, no podemos asimilar internet a un nuevo «martillo» que nos han regalado. Los partidos, las instituciones, pensaron que internet era un nuevo martillo con el que seguir trabajando con los clavos de siempre, con las relaciones de poder de siempre. E internet es otra forma de relacionarse y de vivir. Es otro «país». Con sus relaciones de poder y de explotación (pero distintas), con sus reglas de juego y de interacción

(pero distintas), con sus leyes y delitos (pero distintos). Internet nos hace recuperar, a través de la capacidad de compartir y de movilizarse, el debate sobre lo común, más allá de la cada vez más confusa dicotomía entre mercado y Estado. Y en ese nuevo «país», en esa nueva realidad social que internet sostiene y modifica, unos de los elementos que entran rápidamente en cuestión son las funciones de intermediación y control. La gente puede hacer directamente muchas cosas que antes tenía que hacer a través de instituciones, intermediarios y personas que vivían de saber qué puerta tocar y qué documento presentar. No creo que se exagere si se afirma que en muchos casos las instituciones, los partidos y muchas empresas, entidades e incluso profesiones han vivido de intermediar y controlar. La representación de ideales e intereses, o la capacidad de satisfacer lo que se consideraban «necesidades», fundamentaba su razón de ser. Y ahora, de golpe, tienen que repensar su papel en un nuevo escenario. Un escenario en el que son más prescindibles.

En el escenario político, las instituciones y los partidos no han estado hasta ahora a la altura de las transformaciones en las formas de vida y de relación social. Las expectativas de participación de la gente son ahora mayores, porque pueden ser más directas e inmediatas, y lo viven y experimentan cuando usan las redes sociales. Cada uno es más capaz de crear, de organizarse, de establecer sus propios espacios, incluso de construir su propio trabajo o de buscar financiación para sus

ideas usando la red. Y en cambio, las instituciones, los partidos, siguen respondiendo a pautas más propias del industrialismo de los siglos XIX y XX. Escenarios de clase en los que a cada lugar correspondía una persona, a cada persona su lugar y su función. Hoy todo es más fluido, igualmente injusto, pero cambian los parámetros, los espacios y las situaciones. Y por tanto, las respuestas tradicionales empiezan a no servir.

La política y, sobre todo, los partidos que la encarnan institucionalmente van a tener crecientes dificultades para seguir ejerciendo las funciones que les encomiendan casi en régimen de monopolio la Constitución y las leyes. Los acontecimientos se suceden aquí y fuera de aquí, y lo que muestran es que a la gente le cuesta cada vez más encuadrarse en organizaciones cerradas, en mensajes forzosamente idénticos y desfilar tras pancartas colectivas. Proliferan mensajes más individuales, expresiones más específicas de un malestar general. Y además, muestran ese malestar, esa incomodidad con lo que sucede de manera también personalizada. Les cuesta más aceptar la jerarquía como algo natural. Y buscan maneras diversas de expresarse, a través de mecanismos y formas más horizontales. A mayor formación de la gente, a más medios de conexión social disponibles, menos se aceptará que a la ciudadanía solo le quepa la función política de votar, de influir o presionar a los encargados de tomar las decisiones por nosotros (los *policymakers*). Habrá, y ya hay, más interés en poder ser «los que deciden cada día» (los *everydaymakers*). Es

decir, ser personas que sufren y deciden cada día, y que no tienen por qué limitarse a asistir como espectadores a lo que las instituciones decidan hacer o deshacer, cada vez más aparentemente al margen de lo que a la gente le preocupa y le desasosiega.

Seguramente, la función de los partidos seguirá siendo importante, pero lo que parece indudable es que no pueden seguir actuando como lo hacen. Sobre todo, aquellos partidos que dicen querer representar a los más débiles, a los más vulnerables. Deberían no solo preocuparse por seguir siendo «representantes», sino también por «estar» con la gente, por «atender» lo que a la gente le preocupa. Y ello exige no centrar toda su actividad en el acceso al poder, en la selección de las elites que deben goberarnos. El reto vuelve a ser el saber formar parte de los movimientos y espacios de actividad y de renovación de la política, sin pretender representarlos ni capitalizarlos de manera sistemática. Sino estando en esos espacios, aprendiendo a ser «retaguardia» y no solo vanguardia. Desde la cercanía y la horizontalidad y no desde el privilegio y la jerarquía. Desde el intento de compartir dudas y experiencias y no de representar en exclusiva.

En este sentido, hemos de agradecer al movimiento 15M el que la política haya vuelto a formar parte del debate cotidiano y que esté presente como nunca en las redes sociales. Y, al mismo tiempo, que sitúen las potencialidades de compartir y de colaborar en la construcción de bienes comunes, en el centro del debate

sobre el futuro de unas sociedades que ven agotar sus recursos naturales. Ahora solo falta que en las instituciones y en los partidos se aproveche la ocasión para volver a discutir de política, de otra política, y no solo de «quítate tú para ponerme yo».

La democracia sigue siendo el campo de batalla en el que dilucidar el futuro colectivo. Pero, una vez más, no solo en las instituciones políticas y en el debate partidista. También en la casa, también en la ciudad, también en el trabajo, también en la actividad económica y de sustento. Otra época, otra vida, ¿otra política? Situémonos en la posibilidad de avanzar hacia otra democracia. Una democracia de lo común.

En estas páginas, pretendemos por tanto defender la necesidad de cambiar la política y las políticas. Y queremos hacerlo desde la defensa de la política como el mejor mecanismo que hemos encontrado para tratar de resolver de forma pacífica los conflictos de intereses y las dificultades crecientes para poder decidir en torno a los problemas que el modelo de desarrollo emprendido genera. La forma de decidir de la política en democracia no se ha basado nunca en estrictos criterios de excelencia técnica o de racionalidad científica, sino en encontrar espacios de acuerdo y de viabilidad social que permitieran, sino resolver definitivamente los conflictos planteados, al menos acomodar intereses y trazar vías de consenso.

Lo que ocurre en estos momentos, es que han cambiado muchos de los escenarios y de los criterios

en que se había ido basando la política para poder tomar decisiones. Y esos cambios han provocado más dificultad tanto en el definir los problemas a los que colectivamente nos enfrentamos, como, lógicamente, en poder tratar de resolverlos o mitigarlos. Los factores que contribuyen a ello son variados y su combinación ha ido aumentando la sensación de bloqueo o de laberinto cada vez que se abordan temas colectivos de especial relevancia. Nos ha cambiado el sustrato económico en el que nos movíamos. Como ya hemos dicho, nos está cambiando la vida muy rápidamente. Y, en cambio, la política sigue con sus anclajes institucionales y territoriales, que lastran notablemente su capacidad de reacción y de respuesta a esos cambios.

Partimos de la idea que no habrá nueva política sin nuevos diagnósticos sobre lo que nos afecta a diario, en cada repliegue de lo que es nuestra cotidianeidad. Vivir, moverse, alimentarnos, reproducirnos, cuidar, mejorar..., son necesidades y querencias que cada uno tiene y que colectivamente nos obligan a plantearnos la mejor manera de resolverlo de manera positiva. Hay mucha gente que considera que este mundo, el mundo en el que vive es profundamente injusto y que no tiene salida desde el punto de vista de su relación con la naturaleza. No está de acuerdo con las consecuencias de la forma de entender el desarrollo, la economía, la política o la convivencia social. Pero, no acaba de querer cambiar de manera profunda las causas que motivan que todo ello suceda. Es evidente que los intereses y

las situaciones de cada quien son diversas, y por tanto, la concepción sobre qué entender en relación a cada una de esas necesidades de cambio no es unitaria ni pacífica.

Ese es el reto de vivir en un mundo cada vez más parecido y al mismo tiempo más diversificado. Necesitamos repensar la política y la forma de llevarla a cabo para conseguir que lo que nos una sea superior a lo que nos separa. Avanzando hacia una democracia que sea, que represente ese mundo común. Y ahí es donde nos tropezamos con una democracia representativa e institucionalizada, capturada en gran medida por las elites mercantil-financieras, que en estos momentos parece ser más impedimento que palanca de cambio.